el pañuelo á los ojos.

— No lo creo yo así — objetó lacónicamendte la señora de Hauspelles. — Y ahora, deme usted todos los papeles de su hija, á fin de que su futuro se ocupe sin dilación de la publicación de las amonestaciones.

— ¿Ya? Pero si ni siquiera hemos tenido tiempo de pensar en eso.

— Déme usted los papeles, ó le devuelvo el consentimiento y voy á la embajada.

Barba fué en busca de los papeles y la señora de Hauspelles se marchó en seguida.

En el último momento tuvo, no obstante, compasión de aquella pobre mujer tan cruelmente castigada en su orgullo.

— Puede usted ir á ver á su hija á mi casa.

— Mil gracias. Prefiero verla sólo en la iglesia, puesto que no quiere usted devolvérmela. El papel que me ofrece no sienta bien á la dignidad de una madre.

Escudada en su dignidad de madre, la señora Slavsky acompañó hasta la puerta á la señora de Hauspelles y luego fué á sentarse melancólicamente en el sofá.

¡Qué ruina para sus esperanzas! ¡qué amargo desenlace! Para consolarse fué en busca de Boleslas.

La señora de Hauspelles se había presentado en Montmartre portadora de buenas noticias; al entrar en el modesto domicilio de los Feroud, impresionóla el cuadro que se ofreció á sus miradas.

Sentada junto á la mesa, en el comedor, alumbrada por un hermoso rayo de sol poniente, Katia, con todo el pelo alborotado por haber estado jugando en el jardín con la niña, ponía toda su atención en el zurzido de unos calcetines. La labor era indudablemente ardua, porque estaba muy encendida y daba de vez en cuando un suspiro. La niña, encantada con su nueva amiga, había acabado por dormirse en un taburete, y su linda cabeza, con los bucles en desorden, descansaban con el abandono propio de su edad en las rodillas de Catalina. La señora Feroud, algo cohibida

por la presencia de una gran señora como la de Hauspelles, la recibió primero en el salón; pero no pudo por menos que enseñarle aquel cuadro encantador.

Catalina, confusa por verse sorprendida de aquel modo, quiso levantarse; pero la niña dió así como un refunfuño, y sonriente y ruborosa, volvió á su posición.

— ¿Qué está usted haciendo? — preguntó la señora de Hauspelles al ver la obra poco elegante de Katia.

— Aprendo á zurzir, señora — dijo la joven cada vez más encarnada.

— Quería darle los calcetines de la niña — dijo la señora Feroud — pero no ha querido. Ha sido preciso buscarle un par de los de mi marido, y quiere además ayudar á la criada á hacer la comida.

La señora de Hauspelles se sonrió y Catalina no pudo reprimir también una ligera sonrisa. En efecto; si había querido empezar su aprendizaje por los calcetines ¿no era para que la ropa de su marido estuviese en orden?

— Está bien — dijo la excelente señora, — aprenda usted las virtudes domésticas, hija mía; está usted en buena escuela; eso es lo que le acabo de decir á su madre, que la autoriza á estar aquí.

Luisa y Catalina cambiaron una alegre mirada; queríanse ya tiernamente, porque la niña había sido un lazo rápido y firme entre ellos.

— Su matrimonio se verificará dentro del más breve plazo; traigo todos los papeles indispensables — continuó la señora de Hauspelles.

— ¿Y cuánto durará ese plazo? — preguntó tímidamente Catalina.

— En rigor, podría ser de doce días.

La joven se ruborizó, pero no dijo nada. Doce días son muy poco; pero tenía tanto miedo de caer en temibles manos. La señora de Hauspelles la dejó completamente tranquila sobre su porvenir. Indudablemente la influencia de la primera educación tendría que luchar con aquel nuevo fervor de zurzidora y de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

cocinera doméstica; pero el fondo era bueno, y eso era lo esencial.

Ratier fué por la noche y encontró á Feroud procurando comer un plato hecho por Katia con arreglo á la *Cocina burguesa* y totalmente incomible; las buenas noticias de la protectora le produjeron tal alegría, que, á eso de las once, Feroud y su mujer se vieron obligados á echarle alegando que era necesario dormir, sobre todo cuando se había reído tanto.

Al marcharse, pasó por delante de un ventorrillo, de uno de los clásicos y raros ventorrillos que se encuentran todavía en París, y en el que se celebraba el matrimonio de una planchadora. En el jardín, las barricas estaban alumbradas por linternas que despedían poca claridad pero al abrigo del viento. Unos cantaban, otros se regalaban con agua de Seltz y jarabe de grosellas; la recién casada, de pie en un gran trapecio, se mecía bárbaramente con un caballero de honor; su blanca falda y sus flores de azahar iban á cada impulso del trapecio á perderse entre las hojas de un gran castaño en flor, del que se desprendía sobre las mesas una lluvia de pétalos de un color blanco sonrosado. El marido, de levita, con la flor de azahar en el ojal, pálido, inquieto, algo huraño, visiblemente asustado, hablaba en el arroyo con dos cocheros recalcitrantes, y Ratier se acordó inmediatamente del *chapeau de paille d'Italie*.

— He ahí, sin embargo — se dijo parodiando la célebre frase de Guvarni, — cómo estaré yo la mañana que viene. No, eso es demasiado tonto. Quiero hacerme una boda como no se ha visto nunca.

Y cumplió lo ofrecido. Gracias á los buenos oficios de la señora de Hauspelles, al cabo de doce días pudo llevar á Katia á la alcaldía y de allí á la iglesia. En ésta encontraron á Barba y al coronel, al pálido Josia, y á Remisof más mal carado y gruñón que nunca, y esta vez con razón, porque Catalina estaba admirablemente linda.

— Demasiado tarde, amigo mío — le dijo Ratier cuando, después de la ceremonia, fué á presentar sus respetos á los recién casados. Pero conste que no le guardo á usted ningún rencor.

Dicho esto, le dió un apretón de manos del que Remisof se resintió dos días en el hombro derecho.

El almuerzo se celebró en un restaurant tranquilo, donde, ¡cosa rara! no era Ratier conocido; por eso lo había elegido; todo se llevó á efecto según las reglas de la más perfecta compostura. Como los esposos no salían para Italia hasta las ocho y media de la noche, se trataba de pasar el día en algo. La señora Slavsky se mostraba enfurruñada con dignidad. Desde que Ratier había arreglado sus asuntos, el coronel se aburría y se hacía taciturno y no se le ocurrió dar ningún consejo, y el recién casado se encontró sólo para preparar la fiesta.

— Puesto que no hay quien me lleve la contraria — anunció, — propongo que nos quitemos los trajecitos de cristianar y nos vistamos como todo el mundo; creo que es lo más razonable.

Nadie protestó y Catalina y la señora Feroud fueron á cambiarse de vestido; la joven desposada volvió muy pronto con su lindo traje de viaje sencillo y poco vistoso, escogido á gusto de la señora de Hauspelles.

— Y ahora — dijo Ratier cuando se volvieron á encontrar, — vamos á ir al Bosque de Bolonia á ver las bodas de los demás. No podrán burlarse de nosotros, y nosotros nos burlaremos de ellos á nuestro antojo.

Cuando la comitiva, poco numerosa, porque Barba y el coronel habían pretextado para no ir, la una su jaqueca y él sus negocios, subía á los carruajes, Ratier llamó aparte á Josia y le dió órdenes secretas.

— ¿Adonde va usted, amigo Josia? — le preguntó la señora Feroud, á la que el pobre muchacho le había sido simpático.

— Es un misterio que el tiempo aclarará — contestó Ratier cerrando la portezuela.

Los dos coches se separaron y pronto llegaron al bosque de Bolonia en medio del luminoso y dorado polvillo de los días de verano. El héroe de la fiesta hizo apear á sus invitados al pie del embarcadero; buscaron sillas y se sentaron en hilera para ver pasar la gente.

—Al cabo de un cuarto de hora, Josia fué á reunirse con ellos.

— ¿Cuántos? — le preguntó Ratier.

— Diez y nueve — respondió el exsecretario; porque la señora de Hauspelles le había proporcionado un empleo de 3.000 francos con promesa de ascender. Josia no había soñado jamás semejante fortuna y se prometía hacer economías, á fin de oír á su amigo *il signor Ratiero* cantar *Gli Uglionotti* en italiano en la *Scala*.

— ¡Hombre, ahí están nuestros coches! — dijo de pronto Katia reconociendo las dos berlinas que les habían llevado allí.

— Es nuestro cortejo nupcial que empieza su desfile— respondió Ratier arrellanándose en su silla.

En la segunda berlina, descubierta, y llenando todo el interior del coche se ostentaba abierto el paraguas que había reconquistado á Catalina al amor de su esposo.

—¿Qué es eso? — preguntó ésta sin comprender el triunfo de aquel objeto.

— ¡Es nuestro estandarte, Catalina! — contestó Ratier con tono grave. — Estuvo á las duras, justo es que esté á las maduras.

Mientras decía estas palabras, contaba con los dedos:

— Uno, dos, tres, á medida que desfilaban lenta y majestuosamente alrededor del lago una notable cantidad de esos carruajes que transportan á las estaciones viajeros y equipajes. Todos los cocheros llevaban una cinta blanca en el ojal y todos los fiacres estaban vacíos.

Cuando hubo contado hasta diez y nueve y un coche ocupado por un paseante anunció el fin del desfile, volvióse Ratier hacia su comitiva.

— ¡Qué luminosa idea — les dijo, — la de pasear así coches vacíos! Es majestuoso y... ¿creéis que no quiere decir nada? Muchos discursos... pero poca política.

Durante dos horas, el París elegante que va al Bosque antes de comer, vió desfilar con indecible estupefacción los diez y nueve coches vacíos que escoltaban el paraguas de honor. Hiciéronse las más inverosímiles suposiciones sobre aquel particular; se habló de un inglés que había hecho una apuesta, de un americano fabricante de paraguas que paseaba un reclamo; y nadie, fuera de los invitados, á los que costaba gran trabajo reprimir las carcajadas, sospechó que se trataba de la boda de Ratier.

Para coronamiento, los diarios bien informados reprodujeron al día siguiente el relato de aquella extraña cabalgata, y hasta en Florencia enteróse el joven tenor por los papeles públicos de su sorprendente mistificación.

El coronel se ocupa en la hierba de que le había hablado Ratier, pero la Compañía de cerillas landesas le opone serias dificultades. Por lo demás, ya era hora de que viera surgir ante sí algunos obstáculos; desde que Ratier había arreglado sus asuntos y carecía de deudas, había caído en un marasmo alarmante. Ahora todo ha recobrado su curso acostumbrado y no sabe ya de qué echar mano; por eso su juventud parece reverdecer.

Miss Amroth está colocada en una casa donde le pagan sus honorarios, y cree poder acostumbrarse á esta anomalía.

La señora Slavsky se ha hecho el siguiente cálculo:— Monte-Carlo no está lejos de Florencia; — cerrado Sajón, ya no queda más que Monte-Carlo. Irá pues de vez en cuando á pedir dinero á su hija. Es lo menos que puede hacer. Desde que ha quedado reducida á doce mil francos de renta, sus asuntos no logran des-

enredarse. Su hija la ha arruinado casándose. ¡Todos los hijos son unos ingratos!

En cuanto á Ratier y á su joven esposa, su hogar es una mezcla singular de cuadernos de música y de labores; pero se aman tiernamente y Ratier, como tenor, promete reemplazar á Duprez.

FIN

OBRAS DE ACTUALIDAD

É IMPORTANTÍSIMAS

A cuatro reales tomo

A. Carnegie.

El dominio de los negocios.

El A B C del dinero.

T. Roosevelt.

El Ideal Americano.

Las dos Américas, la Vida intensa.

P. Kiplinck.

Lo que codician Rusia y el Japón.

P. Giner.

Mujeres de América.

Turguenef.

Los Nihilistas.

W. Sieroszewski.

Yang-Hun-Tsy (El diablo extranjero).

Koyzumi Yakumo.

El Japón desconocido.

A. Carnegie.—El Triunfo de la Democracia. 2 ptas.

Colección de novelas españolas y extranjeras

De 224 á 300 págs. á 1 peseta volumen

E. GREVILLE.—**Blanca y Magdalena.**
— **Lucía Rodey.**
— **Desilusiones.**
— **Ariadna.**
— **Un crimen.**
— **La princesa Ogherof.**
— **La amiga.**
— **Casar la hija.**
C. DICKENS.—**Oliverio Twist.**
— **El triunfo de la Inocencia.**
— **La tierra de Tom Tidler.**
— **Días aciagos,** 2 tomos.
— **Bernabé Rudge,** 3 tomos.
— **La casa lúgubre,** 3 »
— **Nicolás Nikleby,** 3 »
— **Aventuras de Pickwick,** 3 tomos.
STENDHAL.—**Armancia.**
C. AUBERT.—**La Casamentera.**
E. BOSQUET.—**La novela de las obreras.**
GOLDSMITCH.—**El vicario de Wakefield.**
POE.—**Aventuras de Gordon Pym.**
— **Memorias de un policía.**
W. SIEROSZEWSKI.—**Yang-Hun-Tsy** (El Diablo extranjero).
TURGUENEF.—**Los Nihilistas.**
N. GOGOL.—**Páginas rusas.**
W. COLLINS.—**El Misterio de los Mirtos.**
— **Amor y Sinceridad.**
M. E. BRADDON.—**El secreto de mis Aurora.**
— **La abnegación de un amante.**

PONSON DU TERRAIL.—**La Montaraz.**
— **Los Hijos de Judas.**
— **Amor fatal** (continuación de Los Hijos de Judas.

PARÍS MISTERIOSO

PONSON DU TERRAIL.—**Los Espadachines de la Opera.**
— **Los Compañeros del amor.**
— **La Leyenda de Fulmen.**
— **La Dama del guante negro.**
— **La Condesa de Astí.**

M. IBO ALFARO.—	**Malditas sean las mujeres.**	**1**	**Tomo**
I. A.	**Malditos sean los hombres.**	**1**	»
—	**Malditas sean las suegras.**	**1**	»
—	**Marina ó la hija de las olas.**	**1**	»
—	**El hada de los mares.**	**1**	»
—	**El paraíso de las mujeres**	**1**	»
—	**El infierno de los hombres..**	**1**	»
—	**El purgatorio de las solteras.**	**1**	»
—	**Su Majestad el Amor.**	**1**	»
—	**La hija de las flores.**	**1**	»

EN PRENSA

I. A.	**Por qué se casan los hombres**	**1**	**Tomo**
—	**Por qué se casan las mujeres..**	**1**	»
—	**Por qué reinciden las viudas.**	**1**	»
—	**Por qué pecan las mujeres..**	**1**	»
—	**Por qué murmuran las viejas.** . . .	**1**	»

R